

Crónica de una vida de disfraces y subversiones

Sor Juana Inés de la Cruz

León Guillermo Gutiérrez

A más de trescientos cincuenta años de su natalicio, el nombre de Sor Juana Inés de la Cruz es uno de los más conocidos de las letras mexicanas. Y aunque los estudios sobre “El Fénix de México” datan del siglo XVIII, aún son un enigma ese mundo interior que la llevó a encastarse, sus supuestos amoríos mundanos, la oscuridad de su muerte y el entendimiento cabal de su poesía. Más conocemos por ella misma si nos atenemos a la veracidad y significado de los documentos autobiográficos, de los cuales nos serviremos en este trabajo, como apego a una realidad no exenta de especulaciones.

El padre de Juana Inés, Pedro Manuel de Asbaje y Vargas, era un vasco nacido en la provincia norteña de Guipúzcoa quien, procedente



ESP. de la U.R.M. Sor Juana Inés de la Cruz, autora de esta notable obra de las Letras, llamada la Décima Musa de América y Nueva España.

J. Sánchez, Sor Juana Inés

de la baja nobleza, buscó horizontes en el mundo de las colonias. Por otro lado, su madre, Isabel Ramírez de Santillana, quien en su testamento se declaró en estado de soltería y cuyos padres habían emigrado de España, provenía también de la casta de hidalgos. Juana Inés nace el 12 de noviembre de 1648 en la entonces alquería de San Miguel Nepantla, hoy Estado de México. En la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* ella misma relata su infancia prodigiosa. Con sólo tres años de edad se vale de una piadosa mentira para obligar a la maestra de su hermana mayor a impartirle clases, de tal suerte que a temprana edad ya leía y escribía.

En la famosa carta hace memoria que cuando escuchó que el queso hacía tontos a quienes lo comían, lo eliminó de su dieta: “Me abstenia



Hábitos de las monjas de la Nueva España

de comer queso porque oí decir que hacía rudos, y podía conmigo más el deseo de saber que de comer, siendo éste tan poderoso en los niños”.¹

Aquí podemos hacer la primera parada en el camino y presenciar el primer acto de subversión de la niña que opta por el conocimiento en lugar de los juegos propios de su edad. Su conocimiento del latín lo consiguió en veinte lecciones del bachiller Martín de Olivas. También relata que, al saber de la existencia en México de una universidad donde se instruía a varones, ruega le corten el cabello y la vistan como hombre para aplicarse en el estudio de las ciencias. No cabe duda que lo anterior le significó una inexplicable diferencia entre ser varón y ser mujer, y la certeza de que por cuestión de género fuera excluida del derecho al conocimiento.

Juana Inés fue la menor de las tres hijas Asbaje y Ramírez, ya que su madre tuvo otros descendientes (dos mujeres y un varón) del capitán Diego Ruíz Lozano y Centeno. Juana se crió en la casa del abuelo materno, Pedro Ramírez, en la hacienda de Panoayán, cerca de Amecameca. Pero la infancia de Juana Inés tiene marcas indelebles y no menos terribles, es hija natural y a la muerte de su padre, como su madre se une a otro hombre con quien procrea un hijo varón y ante la coincidencia de la muerte de su abuelo, es enviada a la

Ciudad de México con unos familiares maternos. Al respecto Octavio Paz señala: “La soledad, de nuevo, se presenta como su elemento natural, su condición originaria”.² Pero creo que estos hechos van más allá de la sociedad en sí misma, por un lado se trata de una mutilación de la figura masculina con las pérdidas del padre y del abuelo y, por otro, el nacimiento de su hermano, es decir, una nueva figura masculina la despoja del derecho a una familia. No es extraño entonces que la niña quiera ser “varón” ya que esa condición le propiciaría tener los derechos que le habían sido negados.

Aunque por ella misma sabemos de su precocidad, el 8 de agosto de 2001 el investigador Augusto Vallejo de Villa dio a conocer el primer poema de Sor Juana, escrito cuando sólo tenía ocho años de edad. El poema es una loa al Santísimo Sacramento y está compuesto por trescientos sesenta versos en náhuatl y en español.³

Es entre los ocho y los diez años cuando se traslada a la Ciudad de México a la casa de unos parientes maternos. En 1664, su talento y gentileza hacen que llegue a la corte virreinal y entable amistad con los representantes de la corona española, Antonio Sebastián de Toledo, marqués de Mancera, y su esposa, la virreina, doña Leonor Carreto a quien Sor Juana en sus versos líricos lla-

¹ Sor Juana Inés de la Cruz. *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*. México: Fontamara, 1991.

² Octavio Paz. *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.

³ Periódico *La Jornada*. México, 8 de agosto de 2001.

Francisco Corzas, *Sor Juana*

Retrato de Sor Juana Inés en el convento de Santa Paula y San Jerónimo de Sevilla

mará “la hermosa Laura”. Los virreyes tenían una afición especial por las letras y no cabe duda que la personalidad poco ordinaria de doña Leonor se dejó seducir por la belleza y los dones intelectuales de Juana Inés, lo que da paso a una relación de extrema amistad entre protectora y protegida. Octavio Paz, quien con su libro *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*,⁴ puso de nuevo los reflectores sobre la poeta, dice sobre este hecho:

...la relación que unió a estas dos mujeres, teñida de mutua admiración, fue una de esas amistades espirituales. Amistad impregnada —al menos en sus expresiones escritas— por un exaltado platonismo, mezclado a homenajes de rendida cortesanía. Alianza extraña para nosotros, pero frecuente en esa época, entre los sentimientos de real gratitud que debió sentir Juana Inés y la afinidad sentimental y espiritual, no menos real, que unía a las dos mujeres.⁵

Juana Inés permaneció al lado de los virreyes entre los dieciséis y los veinte años, y aquí no podemos dudar en su participación mundana de extraordinario éxito, pero es aquí también donde se encuentra otro de los nudos mayores de su vida. Sor Juana, quien nunca fue

una escritora ingenua, deliberadamente silenciosa diez años de su vida en la carta a Sor Filotea de la Cruz, en la cual muestra su inteligencia e intención de evasión a través del dominio y los artificios de la escritura. En un pasaje manifiesta el conocimiento que tiene sobre el poder de la palabra escrita, dicha o callada: “aquellas cosas que no se pueden decir, es menester decir siquiera que no se pueden decir, para que se entienda que el callar no es no haber qué decir, sino no haber en las voces lo mucho que hay que decir”.⁶ De esta suerte, sus textos autobiográficos hay que verlos con especial recelo. Al respecto, Elías Trabulse dice: “Porque un documento autobiográfico es un autorretrato, en el que las más de las veces el autor quiere dejarnos la imagen de sí que desea que contemple la posteridad”.⁷ Y Sor Juana bien sabía que el documento sería publicado, de ahí que entendamos su escritura como una subversión intencional.

Dado que Juana Inés sobresalió y cautivó en la corte por su hermosura, ingenio, saber, y no por su vocación religiosa, enfrentó uno de los más grandes dilemas de su existencia, enigma sobre el cual hay sólo especulaciones. Me refiero a la elección entre las dos únicas opciones que tenía: el claustro o el matrimo-

⁴ En el prólogo, Octavio Paz escribe sobre el origen y elaboración del mismo.

⁵ Octavio Paz. *Op. cit.*, p. 131.

⁶ Sor Juana Inés de la Cruz. *Op. cit.*, p. 30.

⁷ Elías Trabulse, en prólogo a: *Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia* de Francisco de la Maza. México: UNAM, 1980.



Dama del siglo XVII, autor anónimo

nio. Si nos atenemos a sus declaraciones, no había otra alternativa más que el convento por su negación y repudio al compromiso conyugal. De su decisión se desprenden conjeturas sobre una supuesta predisposición lésbica, aludiendo a los términos amorosos con que suele referirse en su poesía a la íntima amistad que la unía con la marquesa de Mancera. También hay quienes opinan que la desilusión por el hombre amado propició tan abrupta resolución. Lo que no es motivo de cuestionamiento es que no fue la vocación o “la llamada de Dios” la que originó este repentino cambio. De lo que sí sabemos es de su angustia casi enfermiza por el enclaustramiento para refugiarse en las páginas de los cuatro mil libros que llegó a acumular. Este momento, que llamaremos el de la segunda subversión, es probablemente el de mayor significado por ser el momento en que Sor Juana se enfrenta a una de las mayores intrigas del devenir humano: ¿existe el destino?, ¿éste se impone a la fuerza de la voluntad o viceversa? Toda decisión suele ser dolorosa y más si conlleva la pérdida de otra posibilidad no menos atractiva. Si Juana Inés no mostró su inclinación para vestir los hábitos, ¿qué fuerza en extremo poderosa la orilló a resolver su enclaustramiento? Debemos volver la

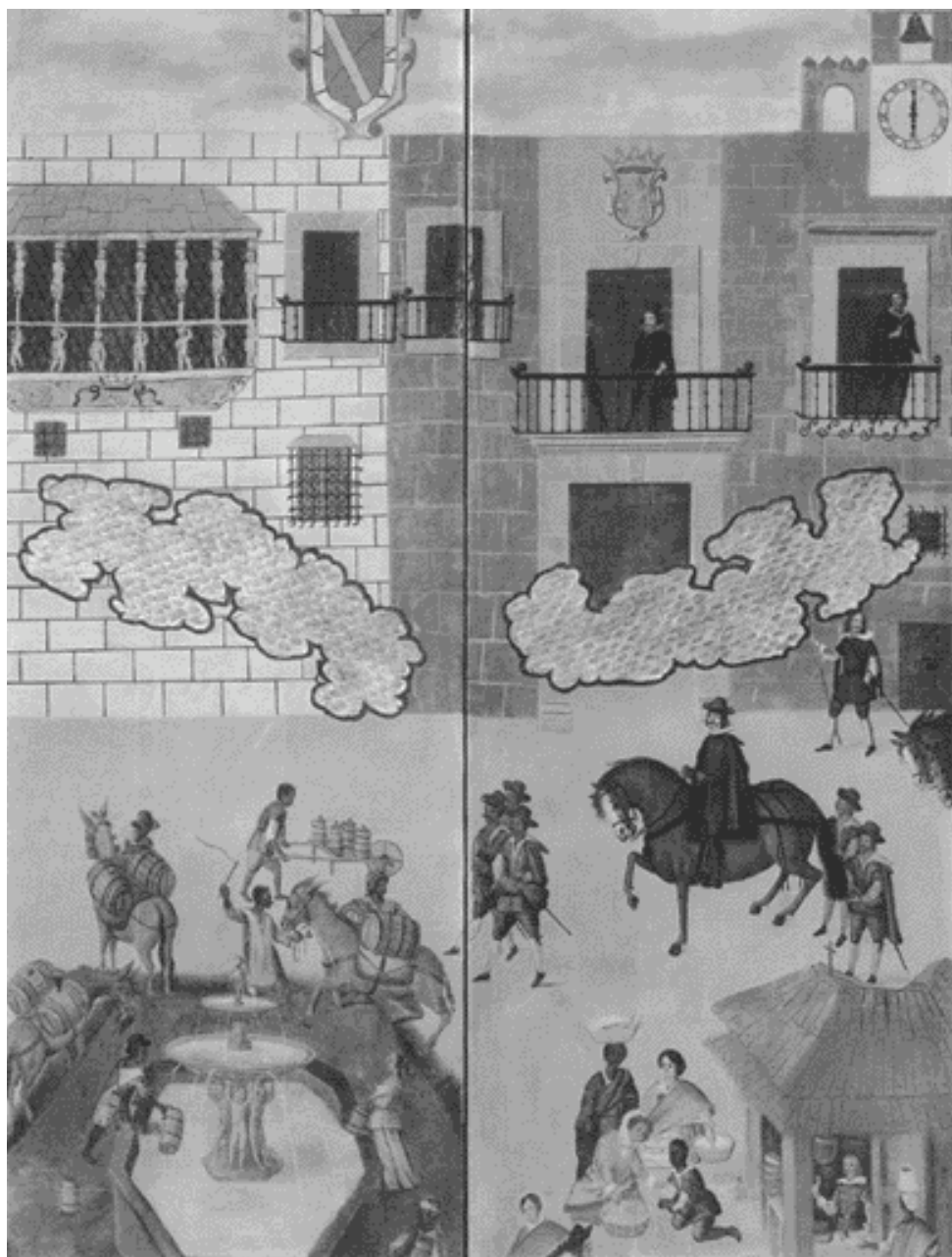
mirada hacia el pasado de la futura monja y su presente en ese momento. Juana Inés era hija natural, al temporal padre sustituto que fue el abuelo lo identificaba con los libros, es decir, no tenía nombre, lo que equivalía a no tener valía para un enlace matrimonial con un hombre de rango, además su pobreza la hacía carente de dote. Creo, definitivamente, que en este caso, la alcanzó el destino fraguado en la infancia. Los traumas de orfandad, pobreza y abandono, su compleja inteligencia los subvirtió en el conocimiento como un poder que nadie podría arrancarle. Está de más recordar que en esos tiempos el saber correspondía a una comunidad exclusivamente masculina, pero del cual ella hizo gala y sirvió para sus fines. Por lo tanto, podemos afirmar que su decisión no obedeció a desilusiones amorosas ni a la devoción, fue una decisión necesaria, la cual quizá la llenó de angustia innumerables noches y días. Detrás del disfraz de una devota vocación, escondió el verdadero propósito: la libertad de pensamiento.

Su primera experiencia conventual en 1667 en la Orden de las Carmelitas Descalzas fue un desastre que duró solo tres meses.⁸ La vida severa y rigurosa resultó excesiva, si consideramos su reciente salida de la corte donde siempre guardó un lugar privilegiado y preponderante. Este hecho, sobre el que también guarda silencio Juana Inés, me parece sumamente significativo: delata que ella no perseguía ser una sierva sumisa de las obligaciones que su nuevo estado le imponía, es más, contravenía sus verdaderos impulsos vitales, los que han sido confundidos por algunos estudiosos de su vida y obra, entre otros, aduciendo una presunta orientación sexual lésbica. Octavio Paz reflexiona y ofrece una visión más objetiva cuando dice:

Desde el punto de vista psicosomático la “masculinidad” de Sor Juana me parece una fantasía de algunos críticos modernos. Pero no lo es desde el punto de vista psicológico, social e histórico. Los valores de su mundo eran valores masculinos. Niña, quiso disfrazarse de hombre para apoderarse de ellos; mujer, extremó la división platónica entre el alma y el cuerpo para afirmar que la primera es neutral. El estado religioso fue la neutralización de su sexualidad corporal y la liberación y trasmutación de su libido. En su jerarquía de valores el conocimiento estaba antes que el sexo porque sólo por el conocimiento podía neutralizar o trascender su sexo. Cualesquiera que hayan sido las causas psicológicas de su actitud, toda su vida estuvo movida por la voluntad de penetrar en el mundo del saber: un mundo masculino.⁹

⁸ Este hecho fue omitido por su biógrafo Calleja y se supo gracias a las investigaciones de Luis González Obregón.

⁹ Octavio Paz. *Op. cit.*, p.159.



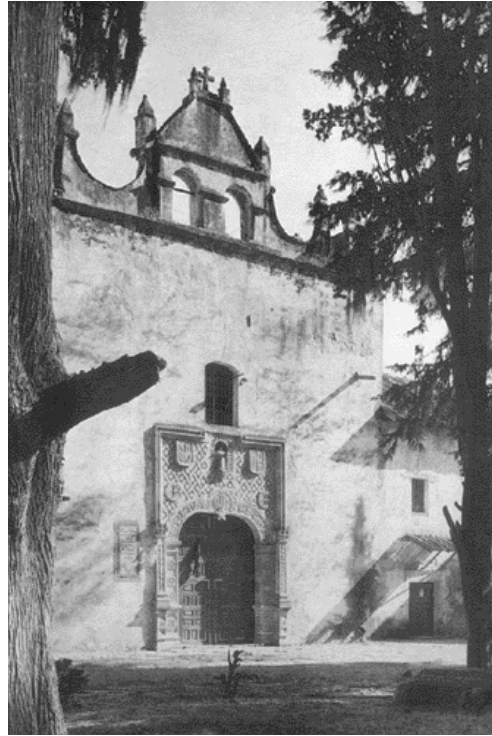
Fragmento de biombo que muestra el palacio con el balcón donde Sor Juana y la virreína contemplaban la Plaza Mayor, ca. 1690, anónimo

Será con las hermanas de San Jerónimo donde Juana Inés profesará y vivirá el resto de sus veintisiete años, rodeada de sus instrumentos astronómicos, geográficos y musicales. Desde su encierro conserva y cultiva sus amistades en la corte virreinal. Destacan las que establece con la virreína, doña María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, quien era, por su padre, princesa de la casa de Mantua pero usaba el heredado de su madre, condesa de Paredes, de quien se dice por los mismos poemas de

Sor Juana era un portento de hermosura. La amistad de estas dos mujeres ha sido objeto de innumerables conjeturas y especulaciones, por ser la condesa inspiradora de muchos de los poemas de la monja en los que no repara en demostraciones de amor y se convierte en el eje de la vida de Sor Juana. No dudo de la sinceridad de esta relación, pero también hay que recordar la habilidad política de la poeta quien, al granjearse los favores de tan ilustre dama, obtuvo prebendas y seguridades sobre sus correli-



Busto de Sor Juana en lo que fuera el jardín de su casa en Nepantla



Fachada del templo de Chimalhuacán donde Sor Juana fue bautizada

gionarias y que la más de las veces el poder político se imponía por encima del eclesiástico, y ella lo sabía muy bien. Esto nos muestra que el hábito de Sor Juana fue un disfraz que utilizó para ejercer una vida cortesana que le permitió relacionarse con el mundo exterior, y aún más, entregarse al conocimiento y a la escritura. No es casualidad que de la totalidad de su producción literaria haya dejado a la posteridad 211 obras profanas y 267 obras religiosas. Jean-Michel Wissmer lo observa así:

La obra de Sor Juana es también el reflejo del mundo político-religioso de la Colonia, de estos príncipes de la Iglesia o de la Corona, de estos virreyes y arzobispos que no querían compartir sus poderes y privilegios. El virrey representaba a la Corona española, que había recibido a partir de la Conquista considerables atribuciones en materia eclesiástica a cambio de la evangelización de las Indias. Es decir, que a pesar de la influencia moral y cultural de la Iglesia, dominaba el poder político.¹⁰

Pero será también en el claustro donde se vuelva a enfrentar al poder masculino, primero en la figura de su

¹⁰ Jean-Michel Wissmer. *Las sombras de lo fingido: sacrificio y simulacro en Sor Juana Inés de la Cruz*. Toluca, Edo. de México: Instituto Mexiquense de Cultura, 1998.

confesor desde 1667, el padre Antonio Núñez de Miranda. Es importante apuntar que los confesores tenían poder absoluto sobre las monjas, bajo la supuesta vigilancia de su conciencia espiritual. En 1681 en un documento titulado: *Carta de la Madre Juana Inés de la Cruz escrita al R. P. M. Antonio Núñez de la Compañía de Jesús*, el cual es conocido como *Auto defensa espiritual* o *Carta de Monterrey*, la monja decide romper con su confesor, que durante treinta y cuatro años fue nada menos que calificador de la Inquisición y responsable, entre otras cosas, de la condenación y censura de los libros. Este hecho, por un lado, confirma la persecución a la que se vio sujeta por envidias y rivalidades y, por otro, nos muestra a una Juana Inés que no está dispuesta a ceder en su certidumbre del libre albedrío ante un confesor que reprime su descuido de los deberes religiosos por sus aficiones literarias, su relación con el mundo externo y, aún más, su creciente fama de literata. El sacerdote intuía los disfraces que ocultaban la verdadera personalidad de la monja, además sabía que era una contendiente con fuerza política e intelectual de gran peso, situación que no podía tolerar. Sor Juana era una pieza que se movía de forma autónoma en el juego de reglas rígidas entre los dos poderes. Este acto de la poeta es uno de los más subversivos, en lugar de obedecer a quien debía potestad y sumisión espiritual, se rebela sin miramientos no sólo contra el confesor, sino

también contra el hombre, contra la autoridad eclesiástica —la que por antonomasia era masculina—, con un solo propósito: ser libre de pensar y actuar, es decir, escribir.

De esta carta transcribo un pasaje por demás elocuente:

... ¿qué más castigo me quiere V.R. que el que entre los mismos aplausos, que tanto le duelen, tengo? ¿De qué envidia no soi blanco? ¿De qué mala intención no soi objeto? ¿Qué acción hago sin temor? ¿Qué palabra digo sin recelo? ¿Qué más podré decir ni ponderar? Que hasta el hacer esta forma de letra algo razonable me costó una prolija y pesada persecución, no más de porque dicen que parecía letra de hombre y que no era decente, con que me obligaron a malearla adrede...¹¹

En los años treinta la historiadora Dorothy Schons afirmó que la biografía de Sor Juana se dificultaba debido a que los documentos eran extremadamente limitados, pero la recién descubierta *Carta de Serafina de Cristo* (1691), escrita por la misma Sor Juana, ha arrojado nuevos datos, entre ellos, el destinatario de la famosa *Carta atenagórica* o *Crisis de un sermón* (1690), su antiguo confesor, Núñez de Miranda. En 1690 Sor Juana escribió este último texto a raíz del *Sermón del Mandato* del famoso predicador jesuita Antonio de Vieira, quien refutando las tesis de San Agustín, Santo Tomás y San Juan Crisóstomo sobre la mayor fineza de Cristo afirmaba que la mayor fineza era que nos amásemos los unos a los otros como una prueba del amor que nos tuvo. Sor Juana, dice Elías Trabulse:

Defendió las teorías de los tres padres de la Iglesia refutados por Vieira y demostró, con lógica impecable e implacable que la tesis de Vieira no sólo era inferior en valor a la de ellos, sino incluso a su propia teoría, en la que sostenía que la mayor fineza de Cristo... fue no hacernos ninguna, es decir, su mayor don fue dejarnos en absoluta libertad.¹²

La carta es una respuesta teológica a Núñez de Miranda, su implacable rival de muchos años. No hay que olvidar que en 1689 apareció *Inundación Castálida*, libro publicado en España gracias a la condesa de Pañes y que da fama a la poeta en el mundo literario hispánico. Jean-Michel Wissmer señala sobre esta carta:

Resulta difícil comprender una situación tan paradójica: Sor Juana fue criticada por sus obras profanas y sus relaciones mundanas. Sin embargo, es su única carta teológica la que más provocó el escándalo. No fueron censurados sus poemas de amor a las virreinas, sus comedias de capa y espada o sus sátiras sexuales sino más bien sus ideas sobre las “finezas de Cristo”.¹³

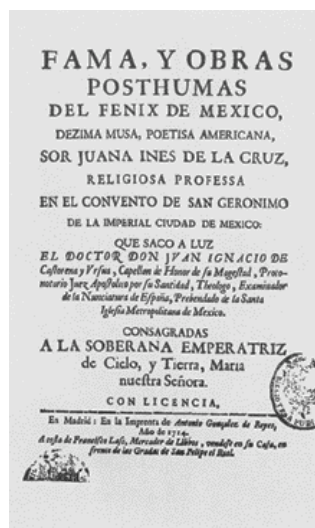
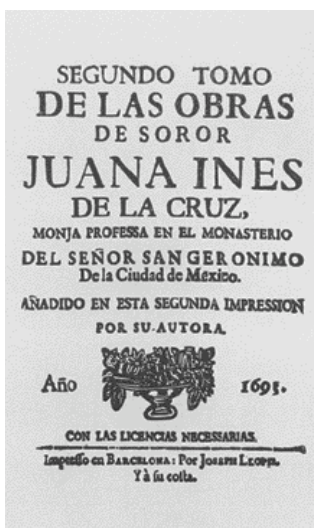
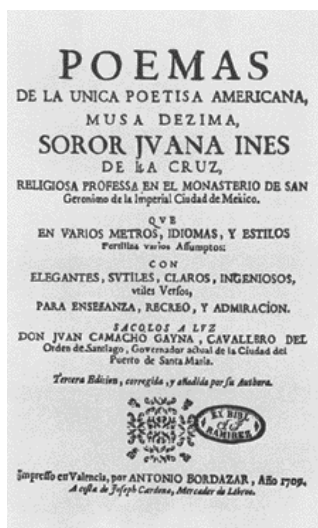
Este acto fue indudablemente de una total subversión a los cánones religiosos en su condición de mujer, monja y literata, frente a la jerarquía eclesiástica, a quien estaba reservada la máxima ocupación religiosa: la teología. Este atrevimiento resultó un caso no sólo inusual, sino insólito, que le acarrearé el periodo más extenuante de crisis y combates.

El entonces obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, se encargó de publicar el texto, siendo él

¹¹ *Carta de Sor Juana Inés de la Cruz a su confesor. Autodefensa espiritual. Carta de Monterrey*; Monterrey: Producciones Al Voleo El Troquel S.A., Ed. de Aureliano Tapia Méndez, 1992.

¹² Elías Trabulse. *El enigma de Serafina de Cristo*. Toluca, Edo. de México: Instituto Mexiquense de Cultura, 1995.

¹³ Wissmer. *Op. cit.*, p. 30.



mismo quien lo bautizó como *Carta atenagórica*, y escondido bajo el pseudónimo de Sor Filotea de la Cruz escribe a Sor Juana reprimiendo, entre otras cosas, su dedicación a la literatura profana en lugar de la sagrada, pero por la *Respuesta* se sabe que intervinieron varios clérigos y que algunos la atacaron con saña y sin consideraciones por su doble calidad de mujer y religiosa. El 1º de marzo de 1691 Sor Juana contesta con la célebre *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, documento que hace las veces de defensa, de alegato, de confesión, de autobiografía y de exposición de ideas. Octavio Paz escribe sobre esta carta: “Se da cuenta de que la atacan sobre todo por ser mujer y de ahí que su defensa se transforme inmediatamente en una defensa de su sexo”.¹⁴ Esta carta es quizás el escrito sorjuaniano más manoseado, al que e ruditos y estudiosos han entrado para llevar agua a su molino, con resultados a veces desafortunados por lo descabellado de sus interpretaciones, pero, hoy por hoy, sigue siendo una ventana que permite adentrarnos a los móviles de la vida y la obra de la poeta.

Pero tal parece que “el caso Sor Juana” difícilmente se cerrará. En el rompecabezas compuesto de piezas multiformes aparecen otras nuevas y diferentes, la última es la

Carta de Serafina de Cristo a que ya he hecho referencia. Este manuscrito muestra a Sor Juana irónica, burlesca, capaz de ridiculizar a cualquier adversario, contiene a la vez ira y asombro en un carácter satírico. El texto elaborado en prosa y en verso está poblado de enigmas indecifrables, entre otros la autoría fidedigna de Sor Juana.

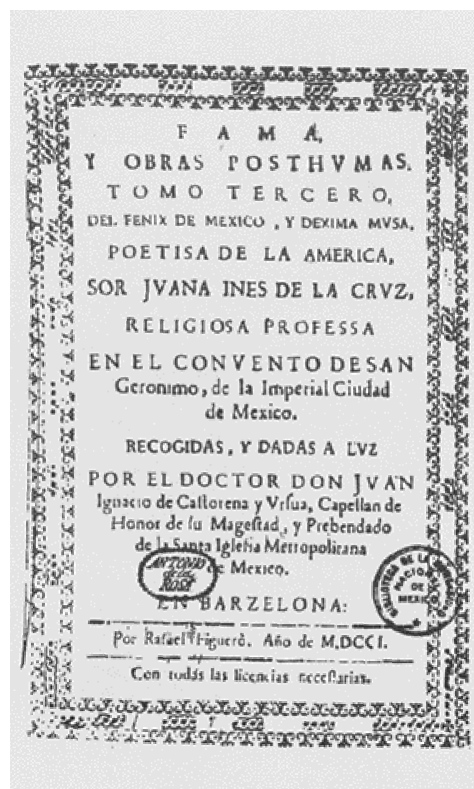
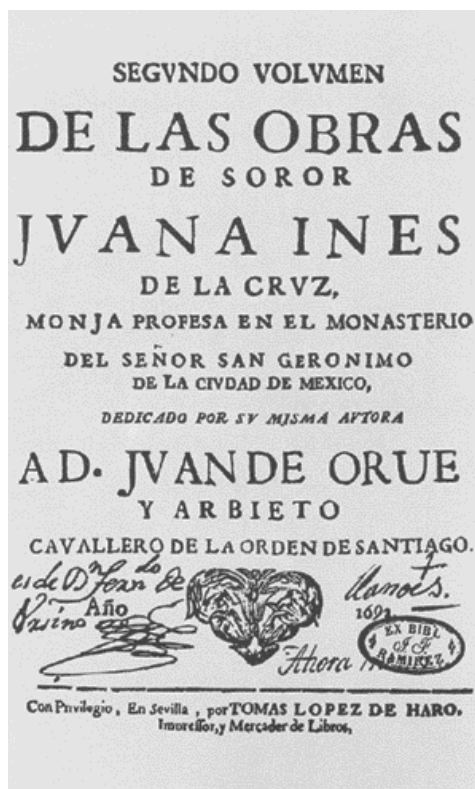
Ahora vamos a tratar de poner la mirada en su escritura. Si nos atenemos a lo que ella nos dice en la *Respuesta*, nos encontramos que en Juana Inés la escritura fue un impulso que, entre otras razones, se pudo originar en la intelectualización de conflictos a través de la escritura y que sólo se da en mentes de suma inteligencia. Ella confiesa:

El escribir nunca ha sido dictamen propio, sino fuerza ajena... desde que me rayó la primer luz de la razón, fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones —que he tenido muchas—, ni propias reflejas —que he hecho no pocas—, han bastado a que deje este natural impulso que Dios puso en mí...¹⁵

Esta afición que más bien era una necesidad y el núcleo mismo de su vida fueron causa de envidias, rivalidades y persecuciones, hasta convertirse en un *leit*

¹⁴ Octavio Paz. *Op. cit.*, p. 534 y sig.

¹⁵ Sor Juana Inés de la Cruz. *Op. cit.*, p. 33.





Retrato de Sor Juana, *ca.* s. XVII, anónimo

motiv de su obra. Escondiendo en la palabra “Mundo” el nombre de Núñez de Miranda, en un soneto dice:

En perseguirme, Mundo, ¿qué interésas?
 ¿ En qué te ofendo, cuando sólo intento
 poner bellezas en mi entendimiento
 y no mi entendimiento en las bellezas?

En otro pasaje de la *Respuesta* señala: “en trelas flores de esas mismas aclamaciones se han levantado

tales áspides de emulaciones y persecuciones, cuantas no podré contar”.¹⁶ Ahora bien, la agudeza de Sor Juana es tal que utiliza la escritura no sólo como medio sino como fin para expresar sus verdaderos propósitos de forma que no corre riesgos. Wissmer afirma: “Si respeta los cánones de la tradición los subvierte de una manera constante. Sabe perfectamente introducir su propio mensaje (por ejemplo su discurso

¹⁶ Sor Juana Inés de la Cruz. *Op. cit.*, p. 44.



Juan de Miranda, Retrato de Sor Juana, s. XVII

feminista) dentro de los textos más convencionales”.¹⁷ Cuando me refería a no correr riesgos significaba no olvidar la astucia diplomática que ejerció en su vida y en su obra, consciente de que cualquier cosa que escribiera en forma indebida podía ser causa de un desastre funesto; de ahí su ingenio subversivo. Su temor no era infundado, por eso dice: “yo no quiero ruido con el Santo Oficio, que soy ignorante y tiemblo de decir alguna proposición malsonante”.¹⁸ Además, la poeta no necesitaba de más enemigos y enorme conciencia tenía del poder de la escritura sin importar su género. Paz, señala: “La poesía, cualquiera que sea el contenido manifiesto del poema, es *siempre* una transgresión de la racionalidad y la moralidad de la sociedad burguesa”.¹⁹

¹⁷ Wissmer. *Op. cit.*, p. 55.

¹⁸ Sor Juana Inés de la Cruz. *Op. cit.*, p. 33.

¹⁹ Octavio Paz. *Op. cit.*, p. 16.

Para sus historiadores y críticos los últimos tres años de su vida son también un enigma. Hay desca belladas teorías que hablan de la deformación psíquica de Sor Juana, originada por los desórdenes sociales de 1691 y la aparición del cometa en 1692. Otras se refieren a un premio de excelencia a su bondad y “santidad”. Amado Nervo atribuye este cambio de la monja jerónima a la reprimenda que le da el obispo de Puebla, Fernández de Santa Cruz, oculto bajo el seudónimo de “Sor Filotea”. Hay quienes sostienen la catástrofe espiritual, otros su ruina intelectual o decadencia fisiológica.

¿Qué es realmente lo que sucedió? En México, durante 1690 y 1691, se suceden desórdenes naturales y sociales: inundaciones, hambres y tumultos. Estos hechos coinciden con la famosa carta que el obispo de Puebla escribe a Sor Juana, en donde no le prohíbe su dedicación a la poesía, pero la exhorta a entregarse más a Dios y a emplear con más frecuencia su pluma en asuntos sagrados. El resultado de ambas circunstancias desemboca en el súbito cambio de Sor Juana, quien se desprende de libros e instrumentos y los cambia por un dinero que utiliza para los pobres. Además, al caer enfermas sus hermanas a causa de la peste, se ofrece a socorrerlas. Contagiada de la maligna epidemia, fallece el 17 de abril de 1695.

La vida de Sor Juana ha sido mitificada por los misterios que envuelven su existencia, pero el motivo en el que descansa su fama es sin duda la excelencia y genialidad de su obra.

Por último, la vida y la obra de Sor Juana deben ser vistas dentro de su momento histórico y comprender a esta versátil y volátil mujer como una imagen del barroco novohispano que con el tiempo ha sufrido innumerables alteraciones y transformaciones. Mujer, monja y poeta que para sobrevivir hizo uso de las dos armas que su inteligencia le dotó: disfraces y subversiones. [I]

JHS
de Juana Inés de
La Cruz de la Cruz de la Cruz

Conferencia presentada en la Universidad Washington and Lee en Lexington, Virginia.